

Adolfo Marsillach ha muerto



¿Se muere el teatro?

Adolfo Marsillach, escritor y director de teatro

Reconozco que tal vez el título de este comentario pueda pecar de alarmista. ¿Cómo se va a morir el teatro cuando cada día se celebran representaciones teatrales en todo el mundo? Se habla de teatro, se reflexiona sobre el teatro, se interpreta teatro... Se organizan festivales, se ofrecen cursos, se publican libros... Hay locales abiertos, espectáculos en marcha, escenarios funcionando... Intérpretes, directores, autores... y público. En teoría, todo lo necesario para que la gran ceremonia teatral continúe. Y, sin embargo, se advierten síntomas de debilidad, suspiros de desfallecimiento, gestos de temor. Algo ocurre, algo sucede, algo está pasando. Es posible que no haya muchas razones para sentirnos pesimistas, pero, ¿las hay para seguir siendo optimistas? ¿Podría morir el teatro?

En el siglo XIX y en la primera mitad del XX los espectadores acostumbraban a ir al teatro de una forma regular: un poco para ver los espectáculos y otro poco para relacionarse entre ellos. Los

teatros eran sitios de encuentros sociales. En sus vestíbulos se acordaban las bodas y en sus palcos se consumaban los adulterios. Una forma como cualquier otra de divertirse. Poco a poco la diversión fue cambiando de lugar. Se pasó de ir al teatro asiduamente a ir una vez al mes. Después, nada. El teatro perdió su condición de hábito; mantuvo tan sólo su carácter de acontecimiento. Y esto es, justamente, lo que ahora sucede. El público acude a lo excepcional, a lo insólito, a lo extraordinario. De todas las obras que se estrenan cada año, sólo llegan a final de temporada dos o tres. ¿Las mejores? No, no siempre las mejores, sino aquellas que vienen avaladas por el atractivo de un montaje aparatoso o el nombre de una estrella de moda. Ya no se trata de ir al teatro por el simple hecho de ir.

El público quiere jugar sobre seguro aunque luego, en la realidad, se equivoque. ¿Qué se les puede ofrecer a esos espectadores perezosos que se resisten a salir de sus casas y que, cuando lo hacen, tienen tantas posibilidades de distracción? La única defensa es presentarles una opción distinta; algo que no puedan encontrar en el cine ni en el televisor. Acostumbran a oírse las conocidas palabras: «Mientras haya un ser humano que tenga algo que decir, habrá otro que sienta la necesidad de escucharle». Está bien, como frase está

bien. Es incluso una bonita -aunque incompleta- definición del teatro. Yo también creo que los seres humanos sentirán siempre la necesidad de escucharse los unos a los otros: el problema surge porque no sabemos dónde decidirán hacerlo. Puede ocurrir que el teatro no muera pero que a la gente le dé igual que continúe viviendo. De este peligro al panteón de los museos no hay más que un paso. La oferta del teatro a la sociedad tiene que ser culta, pero divertida; rigurosa, pero amena. Hay que conservar el teatro como algo vivo, no como una antigualla. No podemos convertirnos en los verdugos de los estudiantes de bachillerato ni en los pordioseros de las administraciones públicas. Tenemos que recuperar aquel apasionamiento que nos hizo críticos y, a la vez, imprescindibles. Quiero creer que no estamos muertos; simplemente, dormidos.

Adolfo Marsillach



El tremendo dolor de haber sido Buero

Adolfo Marsillach, escritor y director de teatro

te de los amigos me deja huérfano y desorientado. Ésta, además, de Buero, me abandona desnudo sobre un escenario vacío de palabras.

Adolfo Marsillach

Abc, domingo 30 de abril de 2000.

Buero cambió mi vida. Esto, naturalmente, carece de importancia. Antonio cambió la trayectoria del teatro español y eso sí fue importante. Se pasó de la alta comedia intrascendente, pretenciosa y balsámica, al drama realista que quiso contar el argumento de una España miserable, rota, herida y amordazada. Era el año 1950 y yo llegué a Madrid para estrenar «En la ardiente oscuridad», una parábola de ciegos en un país que no se atrevía a mirar. Un poco antes, en 1949, Buero Vallejo había dinamitado con su Historia de una escalera todas las trampas y todos los artificios del complaciente público de la posguerra que buscaba a Dios en su ombligo y a Franco en su bragueta.

Fueron tiempos difíciles que ahora dicen conviene olvidar. Que no cuenten conmigo. Mi amistad con Buero, fortalecida por el barro de una situación política que nos manchaba el bajo de los pantalones, es una de esas pocas referencias culturales que estructuran el frágil esqueleto de mi decencia. De no haberle conocido, yo sería otro. Probablemente peor.

No es cierto que Buero fuese triste ese fue un tópico del que nunca consiguió desgajarse, sino que el injusto desdén de algunos le acabó entristeciendo poco a poco. Le obligaron a envejecer mal porque la izquierda no supo tenderle la mano que necesitaba y la derecha le utilizó hábilmente. Empezaba el tremendo dolor de haber sido Buero para dejar de serlo. Los críticos afines -no todos- le negaron el éxito y la biografía, mientras los adversarios de su juventud lo sacaban a tomar el sol cada mañana. ¡Terrible país éste que corta el café con la mala leche recién ordeñada! La muer-

